

Nueva edición de «LA CELESTINA»

---

El señor D. Eugenio Krapf, alemán de nación y fundador y dueño en Vigo de un establecimiento tipográfico, ha impreso y publicado la tragicomedia *Celestina*. Según en el colofón se expresa, esta obra, dividida en dos volúmenes, se acabó de imprimir el día 31 de Julio del presente año (1900). El primor y la elegancia de la nueva edición dan claro testimonio del buen gusto del impresor, de su pericia y de su devota admiración á las letras españolas.

Entre cuantos libros de entretenimiento se han escrito en España, *La Celestina*, es, después del *Quijote*, el más estimado, así de nuestros críticos como de los críticos de otros países, y el que mayor influjo ha tenido acaso en el ulterior desenvolvimiento de la novela y del teatro en las modernas literaturas de Europa. Prueban la estimación que en todas partes se ha dado á este libro las esmeradas traducciones que de él se han hecho en diversas

lenguas, imprimiéndolas ó reimprimiéndolas desde principios del siglo xvi hasta nuestros días con mayor primor y lujo que en España. Así, por ejemplo, la traducción francesa de Germond de Lavigne, publicada en París en 1873, la traducción alemana de Eduardo de Bolow, impresa en Leipzig en 1843, y la antigua y bella traducción inglesa de Jaime Mabbé, lujosa y lindamente reimpressa en 1894 é ilustrada con una muy discreta y erudita introducción por el docto hispanófilo Fitzmaurice Kelly.

En España, revelándose tristemente nuestro desdén ó nuestra indiferencia por las producciones del propio ingenio, no se ha hecho una sola edición de *La Celestina* durante todo el siglo xviii, y en el siglo xix, que pronto terminará, sólo se han hecho cinco ediciones contándose en este número la incluída en la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra, tomo III, que contiene novelitas anteriores á Cervantes. De ninguna de estas ediciones puede afirmarse que esté hecha con el esmero y el lujo que el texto original merece y pide. Tal vez influyó en la menor estimación que se dió á *La Celestina*, desde mediados del siglo xvii y singularmente en el xviii, el estigma que puso en ella la Inquisición no con gran severidad por cierto. Patente se vé la inmensa popularidad de *La Celestina* en España,

durante el siglo xvi, así, porque de dicha obra se hicieron en aquel siglo cerca de setenta ediciones, como por los raros que son los ejemplares de todas ellas, demostrando que se leyeron mucho, á no ser que se presuma que en tiempos de mayor recato, hipocresía ó pureza de costumbres hubieron de destruirse muchos ejemplares de un libro cuyo licencioso desenfado no puede negarse.

Caso raro es que no se haya podido afirmar durante mucho tiempo quién sea el autor de libro tan famoso. Y más raro es aún, dada la perfecta armonía de su estilo y la unidad de pensamiento que en el conjunto se nota, que haya podido creerse que el primer acto fué escrito por un autor, atribuyéndose, ya á Juan de Mena, ya á Rodrigo de Cota, y que son obra de otro autor los veinte actos restantes, en nada inferiores al primero.

En el día, por fortuna y merced á demostraciones que sería prolijo exponer aquí, ha venido á desecharse la creencia en la pluralidad de autores y á tenerse por averiguado que el bachiller Fernando de Rojas fué el único autor de todo el libro.

De la vida de este bachiller, que resulta por lo expuesto uno de los más gloriosos ingenios de nuestra patria, poco se sabe hasta el día, si bien puede presumirse que no fué un comunero de su mismo nombre y apellido excluído

de la amnistía que en 1522 dió el emperador Carlos V, sino otro Fernando de Rojas, que estudió jurisprudencia en Salamanca, que fué alcalde mayor de dicha ciudad y que se estableció al cabo y terminó sus días en Talavera de la Reina. La fecha de su nacimiento y de su muerte creo que se ignora. Nada se dice tampoco de ningún otro escrito ó hecho suyo. Dando aquí por supuesto que la edición de Burgos de 1499, de la que sólo se conserva un ejemplar, fué una falsificación, hecha en Venecia, de 1632 á 1635, la primera aparición de *La Celestina*, fué en el año de 1500, edición de Salamanca. La edición, pues, de Vigo hecha por el Sr. Krapf en 1900, viene á solemnizar el cuarto centenario del libro y también de su autor, de cuya vida y hechos es el libro lo más importante que se conoce.

Ilustran la edición del Sr. Krapf, y le dan mayor realce y atractivo las variantes, el catálogo de las ediciones que de *La Celestina* se han hecho en español, en francés, en inglés, en holandés, en alemán, en latín y en italiano, y sobre todo una bella introducción, notas y apéndices de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Nunca un libro, por original que sea, deja de tener antecedentes. Considerado como tal está el *Pamphilus*, que es uno á modo de drama, en exámetros y pentámetros latinos, remedando el estilo de Ovidio. Este drama vie-

ne inserto como apéndice en la edición del señor Krapf. Se ignora el nombre de su autor y la época en que se compuso, si bien puede creerse que no es anterior al siglo XII y que su autor hubo de vivir en algún monasterio del centro de Europa.

En germen están el *Pamphilus* el pensamiento y el asunto de *La Celestina*. Ya en el arcipreste de Hita hay no pocos trozos del *Pamphilus* imitados y traducidos. Pero con razón afirma el Sr. Menéndez que esto no menoscaba la poderosa originalidad del arcipreste ni mucho menos la de Fernando de Rojas. El *Pamphilus*, más que obra de un poeta, parece el frío y trabajoso estudio de un filólogo, cuyos personajes carecen de vida y de individual consistencia.

La tragicomedia *Celestina*, en cambio, es y ha sido admirada siempre por la animación vigorosa y la variedad de los caracteres de cuantos personajes toman parte en la acción. Hay, por último, en la *Celestina* cierto misterioso encanto que se apodera del alma de quien la lee, embelesándola y moviéndola á la admiración más involuntaria.

No admiramos porque nos prescriban los críticos que admiremos, sino porque la admiración nace en nosotros espontánea é inmediatamente de la lectura. De aquí, para mí al menos, un muy curioso problema de crítica harto

difícil de resolver; una contradicción, real ó aparente que tal vez nadie acierte á explicar, bien sin pecar de sutil y de alambicado.

La historia que en los sucesivos diálogos se va desarrollando hasta llegar al desenlace, mirada dentro de la completa realidad de la vida que vivimos, ya en nuestro siglo, ya á mi ver, en cualquiera otro, tiene casos tan inverosímiles, que rayan en lo absurdo. Calixto, mancebo gentil, rico y noble, penetra buscando un azor, en los jardines de la egregia y hermosa doncella Melibea; prendado de ella, la requiere de amores, y ofendida la dama en su recato y en su orgullo, áspera y crudamente le despide. Melibea y Calixto son ambos de igual condición elevada, así por el nacimiento, como por los bienes de fortuna. Entre las familias de ambos no se sabe que haya enemistad, como la hubo, pongamos por caso, entre las familias de Julieta y de Romeo. Ni diferencia de clase, ni de religión, ni de patria los divide. ¿Por qué, pues, no buscó Calixto á una persona honrada que intercediese por él y venciese el desvío de Melibea, y por qué no la pidió luego á sus padres y se casó con ella en paz y en gracia de Dios? Buscar Calixto para tercera de sus amores á una empecatada bruja zurcidora de voluntades y maestra de mujeres de mal vivir, tiene algo de monstruoso que ni en el siglo xv ni en ningún siglo se comprende, no siendo

Calixto vicioso y perverso y sintiéndose muy tierna y poéticamente enamorado.

Todo se comprende, sin embargo, si consideramos la tragicomedia *Celestina* como la primera creación de una nueva era literaria en la que caben ciertos inspirados atrevimientos: una escena ideal, exenta de condiciones y requisitos y vacía de todo estorbo y no para que en ella aparezcan vagos y confusos los personajes, sino al contrario, para que más distintos y determinados se vean, como figuras que están en alta cumbre y se destacan y se dibujan en el azul sereno del firmamento sin nubes. Las flechas de amor que sucesivamente hieren y arrebatan los corazones de los dos amantes, no rompen medio que debilite el ímpetu inicial de su carrera, ni hay atracción de la tierra ni del cielo que las pare ó las solicite. Fernando de Rojas hace abstracción de todo, menos del amor, á fin de que el amor se manifieste con toda su fuerza y resplandezca en toda su gloria. Y no es el amor de las almas, ni tampoco el amor de los sentidos, cautivo de la material hermosura, sino tan apretada é íntima combinación de ambos amores, que no hay análisis que separe sus elementos, apareciendo tan complicado amor con la irreductible sencillez del oro más acendrado y puro.

Ni lo que llamamos ahora conveniencias sociales, tan existentes en el siglo xv como en

el día, ni lo que prescriben las costumbres y las leyes, ni moral ni religión se toman aquí en cuenta. Muy licenciosa hubo de ser aquella edad en que todos los sueños caballerescos de la Edad Media, las disquisiciones de la corte de amor y las apasionadas ternuras de los héroes de la Tabla Redonda, de Lanzarote y Ginebra, de Tristán é Iseo, se mezclaban con el ansia de vida y de goces y con la adoración anhelante de la hermosura plástica que el resucitado gentilismo había despertado y movido. Todo ello hervía sin duda en las almas, como el mosto en la cuba durante la fermentación tumultuosa.

En resolución, Calixto y Melibea se adoran y no es hipérbole ni figura retórica, sino adoración efectiva. Fuera de su amor no ven nada ni queda nada. Ni reconocen el pecado ni hay lugar para el arrepentimiento ó para la enmienda. El destino, en medio del deleite y de la gloria de ellos, los lleva á trágica muerte, pero en esta misma muerte trágica hay poco de tétrico y de sombrío, sino que hay algo de triunfo. Allí se ve el más alto extremo de lo que el Sr. Menéndez y Pelayo en otro reciente escrito suyo, sobre la *Propaladia* de Torres Naharro, llama la *triumfante alegría del renacimiento español*.

Muerto Calixto, Melibea se arroja desde lo alto de una torre y también se mata, pero la

bienaventuranza alcanzada y gozada por ambos amantes, en sus mutuos y ardientes abrazos, es como luz de gloria que los envuelve y que presta á lo trágico, acaso contra la intención reflexiva del autor, carácter de apoteosis. Así resulta vano en mi sentir, el propósito que tuvo Fernando de Rojas ó que supuso que tuvo, de adoctrinar á los jóvenes enamorados para que no se fiasen de sirvientes inmorales y lisonjeros y de mediadoras perversas como Celestina.

El candor chistoso con que los escritores de aquella edad, eclesiásticos con frecuencia, buscan motivo ó pretexto para justificar sus composiciones sobrado galantes, pasma hoy al lector y despierta en su espíritu la duda de si ellos se engañarían en efecto al suponer tal propósito ó si le alegrarían como burlando. Notable ejemplo da de esto el beneficiado Fernán Suárez, natural de Sevilla y traductor del *Coloquio de las damas* de Pedro Aretino, libro reimpresso pocos días ha en Madrid por el señor B. Rodríguez Serra. Sostiene con toda seriedad el beneficiado y traductor que lo hace para moralizar el mundo, el cual andaba tan pervertido en su época como en aquella edad remota en que Dios envió el diluvio universal para castigarle. Pero la divina justicia, según lo entiende el beneficiado, no gusta de repetir, sino de variar y de inventar nuevos castigos

cuando hay pecados nuevos. Y así, en vez de diluvio, había enviado en su tiempo una enfermedad contagiosa que hacía grandes estragos y sobre la cual escribió Fracastoro un elegante poema latino dedicado al cardenal Bembo. Como quiera que ello sea, yo no acierto, ni creo que nadie acierte á explicar que haya muy provechosos avisos para los mancebos y triaca contra la ponzoña de la sensualidad en los muy desvergonzados lances que el *Coloquio de las damas* refiere. ¿Hablaría de chanza ó hablaría de veras el beneficiado al sostener que su libro morigeraría mejor á los jóvenes regocijados que la *Via de espíritu* ó la *Subida del Monte Sión*, libros que ellos desecharían sin leer en cuanto del título se enterasen?

Fernando de Rojas tuvo, ó imagina también que tuvo, el propósito de adoctrinar la juventud y de apartarla del vicio. Si resultó lo contrario, bien pudo decir Fernando de Rojas lo que dice el beneficiado: «que si la juventud tomase de aquí ocasión para pecar, eso no es culpa de esta obra, sino de nuestra mala condición, la cual, como estómago muy corrompido, la medicina que se le da para su salud la convierte en malos humores.»

Dejando nosotros á un lado la moralidad, á fin de que no salga mal parada de esta cuestión en vez de salir victoriosa, y prescindiendo también del desafuero inverosímil que sir-

ve de fundamento á los amores de Melibea y de Calixto, bien podemos afirmar que en todos los pormenores de la tragicomedia hay tan pasmoso realismo y tan bien observada y expresada pintura de caracteres y de afectos que, no ya los críticos españoles á quienes pudo cegar la vanidad patriótica, sino los más eminentes críticos de otros países, como Gervinus en su *Historia de la poesía alemana*, ponderan el influjo de *La Celestina* en la novela y en el drama de la edad moderna, y entienden que hasta la aparición de Shakespeare no hubo en la tierra más profundo observador ni más hábil pintor del alma humana que el bachiller Fernando de Rojas. Sus personajes todos, Celestina, Sempronio y Parmeno, Elicia, Areusa y el admirable rufián fanfarrón Centurio, están pintados de mano maestra y hacen y dicen lo que deben. Si todos citan demasiado á los clásicos, largan á cada paso sentencias *filosofales* y pedantean con inocente refinamiento, es tan propio defecto de aquella época que más que defecto parece gracia y primor y presta al libro indeleble color *temporal*.

Ni carece Fernando de Rojas de muy oportunas delicadezas, inspiradas ó reflexivas. La pasión de Melibea y de Calixto no puede ser más vehemente. El deleite que de la posesión nace en ambos no puede ser más subido. Y

con todo eso, la dicha de ambos, de la que el lector se penetra, se envuelve en discretísimo y limpio velo, sin que el autor descubriéndola la profane. Los pormenores eróticos los guarda el autor y los emplea para las escenas, citas y encuentros de los secundarios y plebeyos amantes; de Parmeno y Areusa, por ejemplo.

Prolijo sería hacer resaltar aquí las principales bellezas de *La Celestina*. Mi artículo se extendería mucho más allá de las dimensiones que en este periódico se le conceden. Aun terminando aquí, tal vez se me acuse de haberme extendido demasiado. Válgame para disculpa la popularidad que en el siglo más glorioso para España tuvo la tragicomedia tan lindamente reimpressa ahora: popularidad en la que entró por más el valor estético que lo licencioso del asunto. Bastantes novelas en diálogos, imitando la de Fernando de Rojas, se escribieron después: algunas notabilísimas por la elegancia y gracia del lenguaje, por el ingenio y por el chiste, y dejando muy atrás á *La Celestina* en sus desenfadadas verduras. La *Comedia Serafina*, reimpressa también pocos años ha por los señores marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón, da testimonio de ello. Y sin embargo, así la *Comedia Serafina*, como la *Comedia Selvagia* y cuantas en el mismo género se compusieron,

quedan muy por bajo de la joya literaria, cuyo alto precio he juzgado conveniente recordar hoy con ocasión de exhibirla de nuevo el Sr. D. Eugenio Krapf en forma tan correcta y lujosa.

---